

Católica Argentina.
Profesora invitada de Estética en las
Facultades de Humanidades y Comunicación
de la Universidad de Montevideo.

Lenguajes de Dios, moradas de vida: el teatro como puerta abierta al mundo de la vida¹

La cierta antinomia entre "vida" y "forma", entre lo "temporal y caduco" y la "permanencia de la forma" está presente en la estética del siglo XX; reflejo de esta tendencia son las polaridades finitud e infinitud, tierra y cosmos, materia y espíritu, que evidencian un hiato originario, un quiebre ontológico que se profundiza en el pensamiento cristiano. Esta "herida" nos habla de la distancia respecto de la fuente originaria de la vida, que a su vez nos atrae hacia ella, de donde brotan nuestros lenguajes humanos sobre Dios. En el título elegido -"Lenguajes de Dios, moradas de vida"- subyace la pretensión de considerar los lenguajes estéticos como "lugares" desde donde Dios habla al hombre del siglo XXI, en tanto y en cuanto sean puentes construidos entre las orillas de los lenguajes de la "forma" y de la "vida". Si donde hay vida, allí está Dios, entonces Dios está allí donde los lenguajes en su diversidad son creativos, en razón de que han brotado de la fuente de vida primordial.

The distances between polarities such as finitude-infinity, earth-cosmos, matter-spirit, evidence an original "wound" -an ontological fracture- which is deeper in Christian thought. This "wound" makes evident the distance between us and the original source of life. But, at the same time, this "gap" attracts us to that primary spring, which is the starting place for our human languages about God. "Languages of God, dwellings of life" pretends to considerate esthetic languages as "places" from which God talks to the 21st Century Mankind. God as Creator is present everywhere there is life; consequently is there wherever exists an expression of creativity. Therefore, languages -as manifestations of creativity- are also places for God, taking into account that they have sprung from the original fount of life.

ISSN: 1510 - 5024

157

Humanidades Año VII • N° 1 • Diciembre 2007

¹ Este artículo fue elaborado sobre la base de dos ponencias leídas en el XVIII Encuentro Nacional de Fenomenología y Hermenéutica, "El mundo de la vida" (Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires, 11-14 de septiembre de 2007) y en las III Jornadas Diálogos entre Literatura, Estética y Teología, "Lenguajes de Dios para el siglo XXI" (Universidad Católica Argentina, Buenos Aires, 10-11 de octubre de 2007).

1. La herida abierta entre forma y vida

En la estética del siglo XX “vida” y “forma” suelen encabezar tendencias artísticas contrarias entre sí, en razón de que la inmersión en el devenir “temporal y caduco” del “flujo vital” parece oponerse a la aspiración humana por encontrar en la “permanencia de la forma” el camino hacia la trascendencia.² Esta antinomia, que se halla en la base de polaridades tales como finitud e infinitud, tierra y cosmos, materia y espíritu, concreto y abstracto, pone en evidencia un hiato originario, un quiebre ontológico, que en el pensamiento cristiano no desaparece sino que se profundiza. Es precisamente allí, en esa “herida” que nos habla de la distancia respecto de la fuente originaria de la vida a la vez que nos atrae hacia ella, de donde brotan nuestros lenguajes humanos sobre Dios.³

En el título elegido –*“Lenguajes de Dios, moradas de vida”*– subyace la pretensión de considerar los lenguajes estéticos como “lugares” desde donde Dios habla al hombre del siglo XXI, en tanto y en cuanto sean puentes contruidos entre las orillas de los lenguajes de la “forma” y de la “vida”.⁴ Si donde hay vida, allí está Dios, entonces Dios está allí donde los lenguajes en su diversidad son creativos, en razón de que han brotado de la fuente de vida primordial. Tal revitalización de las formas es un requerimiento que excede el ámbito estético: su influjo se extiende hacia todo lenguaje teórico y ético sobre Dios que pretenda resultar creíble hoy.

Comencemos, pues, por señalar que, si bien la estética antigua había destacado la tensión entre tiempo y eternidad subyacente a toda producción artística –a ello hacía referencia el antiguo verso horaciano “*exegit monumentum aere perennius*”: “*levanté un monumento más perenne que el bronce*”⁵–, fue el arte cristiano el que le confirió carácter dramático al contraste entre “forma” y

² PERNIOLA, Mario, *La estética del siglo veinte* [Primera Edición 1997], La balsa de la Medusa, Madrid, 2001, pp.17-104.

³ La temática de la herida ontológica como fuente de creatividad poética ha sido tratada en una conferencia pronunciada recientemente: Cfr. AVENATTI DE PALUMBO, Cecilia Inés, *El lenguaje de la figura estética en la encrucijada de la referencialidad. “Desde” la herida, “en” la paradoja, “hacia” el sentido*. En: *XXVI Semana Argentina de Teología. El desafío de hablar de Dios hoy en el siglo XXI y en América Latina. Lenguajes, imágenes, categorías, signos*, organizada por la Sociedad Argentina de Teología, Córdoba, 16-19 de julio de 2007.

⁴ ¿Mediante qué lenguaje manifiesta la vida el viviente concreto? Esta es la cuestión que desde una perspectiva antropológica enfrenta Guardini en un temprano estudio al que remitimos. Cfr. GUARDINI, Romano, *El contraste. Ensayo de una filosofía de lo viviente-concreto* [Primera edición 1925], Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1996.

⁵ HORACIO, *Carmina* 3,30.

“vida”, al considerar la Encarnación del Hijo de Dios como la fuente originaria de todo lenguaje estético.⁶

Fundador de la estética cristiana occidental, Agustín de Hipona enriqueció la concepción antigua que estaba centrada en el “lenguaje” de la forma, con la novedad bíblica de la “vida” como fuente divina de toda figura o hermosura. La clave de la integración agustiniana de los binomios “lenguaje-forma” y “fuente-vida” consistió en haber concebido la “interioridad” de la memoria como el punto de encuentro de la coordenada vertical de la “fuente-vida” con la horizontal del “lenguaje-forma”⁷, de modo tal que es en la vida que brota de la fuente donde se origina la forma que la expresa.

2. El lenguaje de la paradoja como morada de Dios

Desde la perspectiva de análisis adoptada, cabe destacar que es en nuestras “moradas” humanas, las de cada hombre, donde eligió habitar la “fuente inmemorial” de la “hermosura”, de modo que es allí donde hemos de buscar el rostro del “Hermoso”. “Forma” y “vida” se presentan así regidas por una teleología común: la del principio cristológico. Esto da lugar a la aparición de una “figura”, la cristiana, cuya novedad consiste, precisamente, en la capacidad de patentizar la unidad de “forma y vida” como una “paradoja” en la que la pretensión de infinitud de lo finito sólo encuentra su “figura primera y última” en la existencia de un Dios infinito que se hace historia finita. El “lenguaje” de la “figura” que resulta de esta unión es entonces el “lenguaje de la paradoja”. Y, como bellamente señala Balthasar, “fenómeno insoportable en su desnudez”, ante la paradoja como “estructura fundamental de nuestra existencia” no es posible pasar de largo⁸.

Pues bien, pero ¿qué entendemos por “morada”? De origen oscuro, el sustantivo latino *mora*, *ae* significa “tardanza, retardo, demora y dilación”. De ahí su derivado verbal *moror*, que se traduce por “detenerse, permanecer, vivir,

⁶ BALTHASAR, Hans Urs von, *Gloria. Una estética teológica. 1. La percepción de la forma* [Primera Edición 1961], Encuentro, Madrid, 1985, pp. 24-35.

⁷ A la actualidad de la estética de Agustín desde la perspectiva de la interioridad he dedicado un trabajo. Cfr. AVENATTI DE PALUMBO, Cecilia Inés, *La presencia vivificante de la belleza en la construcción de la interioridad cristiana. Lectura estética del Libro X de las Confesiones de Agustín* presentado en *Segundas Jornadas de Filosofía Medieval. Presencia y presente del pensamiento medieval*, organizadas por Centro de Estudios Filosóficos Eugenio Pucciarelli, Sección Fenomenología y Hermenéutica. Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires, de 18 al 20 de abril de 2007.

⁸ BALTHASAR, Hans Urs von, *Teodramática. 4. La acción* [Primera edición 1980], Encuentro, Madrid, 1995, pp. 77-82.